

Chucha fué un *recordon* dado en nombre del mundo á aquella idea disfrazada de hombre y llamada Antonio.

Él decia:

— ¡Pobre muchacha!

Ella decia:

— ¡Pobre muchacho!

Ambos habian dado y recibido algo mas que besos fugitivos y pasajeros.

El uno habia sentido hácia la otra no sé qué compasion.

La muchacha habia sentido ternura por Antonio.

«¿Por qué andará así?» habia dicho aquella mujer, al ver que el jóven no *andaba* como todos los señores que la mandaban buscar.

Quiso pertenecerle por capricho, ademas de las otras razones que mas tarde comprenderán nuestros lectores.

Le perteneció por instinto.....

Es que el alma se hace adorar en donde quiera que deja verse.

Y pocas frases íntimas habian bastado á Antonio para dejar trasparente su alma á los ojos de Chucha.

A la noche siguiente, Chucha volvió á servir el café de Antonio.

Pero él la observó séria y tristoná.

Ella le habló de usted.

Le llamó «señor;» pero de buena fé.

Estuvo reservada, tímida, absteniéndose de coquetearías.

En los ojos de la muchacha leia Antonio algo raro.

— ¿Está vd. mala, criatura? — la dijo, no sin interes.

— Me duele mucho la cabeza.

— Pues tome vd. café.....

Y por lo pronto no pasaron de ahí.

Antonio siguió algunas líneas de su manuscrito.

Pero tuvo que borrarlas, tachándolas inmediatamente que las leyó.

Aquello no servia.

Habia puesto muchos desatinos.

Habia tambien empleado un estilo tan *cargante!*

No estaba para el caso.

Estaba distraido.

— ¡Chucha! — gritó á poco rato.

La jóven se presentó.

¿Habria por ahí unas despabiladeras?

La escena estaba alumbrada con un *quínqué.*

Chucha se introdujo en la *otra pieza* sin decir palabra, y á los pocos instantes presentó á Antonio, sonriendo, lo que se le pedia.

Antonio la hizo sentarse á su lado.

La jóven tenia cubierta la cabeza con un *tápalo.*

Los ojos bajos.

Estaba, sin embargo, diabólicamente hermosa.

No se veia ni la extremidad de los piés de la muchacha.

Parodiaba el pudor de la ilusion.

Antonio se vió por un momento expuesto á parodiar la ilusion del pudor.

Estaba terrible aquella muchachilla.

Tanto, que Antonio se acordó de Piedad.

Es decir, de un cadáver, de un *mythos.*

Pero combatió con todas sus fuerzas el recuerdo de Eugenia.

Hubiera creido en no sabemos qué profanacion recordando á Eugenia allí, al lado de aquella mujer perdida.

Aquella perdida mujer que temblaba al servir el café de Antonio.

— Y ¿para qué quiere vd. que me siente aquí? — le preguntó como ruborizada al sentarse.

—Para que estés conmigo y platiquemos. ¿No quieres?  
 —Y ¿de qué hemos de platicar?..... Pues platíqueme vd.  
 —Oye, hija—le preguntó Antonio—¿y tú has estado alguna vez enamorada?

La muchacha lanzó un profundo suspiro, se quedó mirando fijamente á su interlocutor, y no contestó una sola palabra. Así pasó un momento.

—¿Eh?.....—le volvió á preguntar Antonio.

—¿Yo?.....—dijo ella.—¡No!.....

Y quiso levantarse; pero Antonio se lo impidió.

—Tu historia—le dijo—debe de ser interesante y divertida. ¿Cuándo me la cuentas?

Recuérdese que Antonio era *sandio* por naturaleza.

—¡Qué historia ni qué!.....—contestó Chucha, procurando de nuevo incorporarse.—¿Qué, quiere vd. divertirse conmigo?.....

—No, hija, pero me interesas.....

—Le intereso..... Pues ¿por qué no habla vd. claro como ayer?

Antonio cayó del cielo á la tierra.

—¡Si viera esto Eugenia!—pensó, dominado por una especie de remordimiento.—Eugenia tan pulcra, tan despreocupada, pero tan decente!.....

¡Soy un miserable!

No la merezco.....

—Y vd. ¿por qué no tiene su esposa, y no que anda vd. ahí?.....—le dijo Chucha, que habia abandonado su asiento y estaba circunspecta y pensativa.

Antonio no supo qué comprender, pero se mortificó y quedó desconcertado.

—¡Es singular!—se dijo apurando su café.—El mal me pregunta: ¿Por qué me sigues?

Hé aquí un reproche sublime... Esta desgraciada no tiene malos sentimientos.

Y dirigió la vista á la jóven, que le veia de un modo.....

—Y su novia de vd. ¿quién es? le preguntó ella.

—Nadie. No tengo novia.

—Eso es malo.

—¿Por qué?

—Porque debe vd. casarse, siquiera para no andar así y haciendo esas cosas.....

—Es verdad.

Y Antonio calló en presencia de aquella pobre ramera, desconcertado como si por aquella boca le hubiese hablado toda la sociedad.

La muchacha se retiró por fin, sin añadir una sola palabra.

Él salió de allí sintiéndose humillado, molesto sobremanera.

Salieron á un tiempo.

No obstante ser tan tarde, pudo Antonio percibir á cierta distancia un coche que se alejaba.

Tronó las manos, y el conductor contestó desde su asiento la consabida respuesta:

—¡Lleva carga!

Hemos titulado este capítulo «La rosa y la calavera,» dominados por una idea fija que roe nuestro cerebro y hace sangrar nuestro corazón desde muchos años hace.

Todo el mundo ha comparado á las mujeres con las flores.

Bien hecho, y nosotros estamos de acuerdo.

Igualmente es cierto que en nuestro lenguaje vulgar llamamos á ciertos tipos con esta palabra:

«Calaveras.»

Por una razon, tan difícil acaso de explicarse como fácil de suponerse,

Desde hace mucho tiempo hemos creído que tal palabra ó tal figura es aplicable no solo al género masculino.

Hay, en consecuencia, mujeres «calaveras.»

Pero tendríamos que entrar en muy difusos detalles si quisiésemos distinguir á la calavera de la cortesana.

Permitidnos, pues, que las identifiquemos hasta cierto punto.

Este mueble que se llama «mujer pública,» puede serlo sin ser una mujer «calavera.»

Conocemos algunas lindas muchachas que personifican á la virtud misma, y á quienes, sin embargo, no vacilamos en aplicar nuestra especie de fúnebre adjetivo.

Nuestra Chucha era todo.

La idea á que antes nos referíamos, es esta:

Que si ellas no son un declarado bien, sí deben ser aceptadas como una indisputable necesidad.

Pues que la sociedad lo quiere y lo ha querido acaso siempre.

Son las medicinas que curan las enfermedades que producen las rosas.

Son el único término medio posible entre la imposible *idealidad* en la vida y el cumplimiento de sus mas groseras exigencias.

Comprenden ú os harán creer que comprenden tan bien el lenguaje de las flores como las flores del lenguaje.

Tienen alma y labios.

Aceptan el amor, comprenden el deseo.

Suelen concurrir contentas á la casa de Mr. Baulot; pero se resignan cuando no hay mas que flores.

Son demasiado conocidos sus tocados y sus trajes, pero no su hora de comer.

El novio no puede casarse en dos años.

Esperan cuatro.

El novio no puede casarse.

¡Paciencia!

Hay en ellas algo grande y que semeja mucho al cumplimiento de una mision que cumplen sufriendo, pero con la risa en los labios, como luego suele decirse.

¡Oh! Estas bohemias son adorables cuando su tipo no degenera.

Hablar de ellas es delicado.

Algo mas. Peligroso.

—El corazon pide— dicen — que tenga el corazon.

Y jamas sujetan la felicidad á condiciones.

Tratadlas con delicadeza, ó temblad.

¡Ingratos!

¿Sabreis desechar los favores empapados en ternura que ellas os *dan* y que las rosas os venderian?.....

Tal vez mas adelante podamos explicarnos mejor.

Antonio se retiró á su casa, firmemente persuadido de que Chucha podia ser *cuanto hay*.

Todo, menos mala.

## CVII.

En la incansable rotacion de la vida de Antonio, solia discurrir como un Ashaaverus por mil sitios diferentes.

No se apercibia de su existencia sino cuando á ello le obligaban las jornadas.

Los momentos lúcidos y verdaderamente *reales* de la existencia de Antonio, eran verdaderas postas.

Solia darse cuenta de esto:

Camino muy lento para la *vida*;  
 Y de esto otro:  
 Camino muy de prisa para la *muerte*.  
 Perdía el tiempo.  
 El tiempo, que es lo que pierden los que no tienen otra cosa que perder.  
 Solía atravesar por verjeles y admiraba las rosas.  
 Iba por los cementerios, y se detenía algunos momentos enfrente de las calaveras.  
 Locomotora volando bajo su alta presión, veía lo bello y veía lo bueno como dos rieles.  
 Pasaba sobre ellos.  
 Se dirigía á la nada.  
 No se ha descubierto aún el derrotero de un ferrocarril que vaya de la tierra al cielo.  
 Antonio hubiera sido el primer pasajero de *primera clase*.  
 Tenía que estrellarse contra el espacio, contra el vacío, contra la nada, contra el cero, que es la mas formidable roca adonde pueden ir á hacerse trizas los seres todos cuya misión es el *algo*.  
 Aquella *inteligencia servida por órganos*, aquel ser racional, aquel *hombre*, en fin, se volvía *cosa*.  
 Había pretendido ser águila.  
 El cielo, enojado de su soberbia, lo había convertido en crustáceo.  
 Saltaba, es cierto, pero hacía atrás.  
 Los grandes piés y las flacas piernas de Chucha, vistas al través de los airosos ropajes de la jóven, pudieron llamar de una manera alarmante la atención de Antonio.  
 Se acordó de ella en su cuarto y suspiró.  
 Los encantos de la muchacha habían hecho en Antonio una particular impresión.

Aquella nube indiscreta que se alzara á cada instante revelándolos á medias, le parecía poética en alto grado.  
 Antonio recordó la frente de Chucha.  
 La frente de Chucha era bella y *pensaba*.  
 Despues se dijo:  
 —La noche anterior, esta mujer no ha sido mas que una ramera, una *fille perdue*, como dicen los franceses.  
 Representamos á *las mil maravillas* el episodio de José y la hija de Putifar.  
 Bien que no con el mismo desenlace.  
 En las manos de Chucha no ha quedado mi capa, sino mi persona.  
 Rehusó dinero.....  
 A la noche siguiente no me ha dejado ver ni su cuello ni la punta de sus piés.  
 Me ha preguntado por qué no me casaba.  
 Ha opuesto una verdadera resistencia á mis *llanezas*.  
 Me ha revelado interes. Pero un interes noble.  
 ¿Qué quiso decirme cuando me aconsejó que no anduviese así?  
 Algo bueno sin duda alguna.  
 Su semblante era el retrato de la buena fé y de la sinceridad.  
 No hay duda. ¡Pobre muchacha!  
 Si realmente fuera el monstruo que yo creí antenoche, al pedirla que me contase su historia, me hubiera contado *una historia*.  
 La de todas estas desgraciadas..... poco mas ó menos.  
 Que la miseria las condujo á la deshonra.  
 Que no pudieron sufrir los malos *tratamientos* de su familia.  
 Que fueron engañadas por algun perjuro.....  
 Que deben su afrenta á alguno de nuestros presidentes, á

alguno de nuestros arzobispos, á algun mayordomo de monjas.....

Todo eso cuentan todas; pero Chucha ha querido guardar silencio sobre su pasado y sobre todo, sin ocuparse para nada de sí misma por ocuparse exclusivamente de mí.

Y ¡de qué manera!.....

Aconsejándome, sugiriéndome ideas sanas de honor y de virtud. Dándome saludables consejos.

¡Así pudo haberlo hecho una hermana ó una madre!

¡Pobre Chucha!.... Se comprende que no tiene mal fondo!...

Será preciso *considerarla*.

Y..... ¿será esta una perla arrojada en el fango?.....

No se atrevió Antonio á contestarse solo esta pregunta.

Si yo enamorase á esta mujer, sería inmenso el ridículo que cayera sobre mí.

Qué, ¿me querrá esta desgraciada?

Sería un verdadero caso raro ver que el amor invadía el corazón de una mujer como estas.

El placer mata necesariamente al sentimiento.

El sentimiento tiene de ser casto por precisión.

Pero esta mujer..... sobre ser voluptuosa y hechicera, había de ser buena!.....

Y lo es, no cabe duda, supuesto que sin el menor interés ha querido pertenecerme.

Y despues, ¿me ha visto de tal manera y me ha dado tales consejos!

Pero bien: estoy en lo dicho.

Esta mujer debe necesariamente de tener una historia.

Y la historia de esta pobre criatura no puede menos de ser rara, interesante sobremanera.

Se fué en un coche.

¿Volverá?.....

## CVIII.

Antonio fluctuaba, encerrado dentro de un millon de contradicciones y de misterios.

Atacada su indolencia, que no su castidad, por el atractivo fascinador de Chucha, había penetrado en un nuevo sendero de flores raras.

Tenia desde la noche anterior el placer á su alcance, y se volvía loco llamándole *amor*.

Había despertado la natural compasión de un alma susceptible de compadecerse de todo, y veía en aquella alma proporciones agigantadas.

A la hora en que Antonio pensaba lo que antes hemos escrito y trataba de descifrarse á Chucha como un logogrifo, Chucha ni se acordaba de Antonio y concurría á una cita de *un cualquiera*.

Y á esa misma hora Eugenia abría la ventana de su recámara para recibir el aire libre y ver quién pasaba por la Ribera de San Cosme.

Eugenia no había vuelto á ver á Antonio y estaba triste.

Esa noche se había desvelado pensando en las *musarañas*.